

que el rey de Achiutla era quien nombraba gobernador aun en tiempo de la conquista española para Sosola, y que no se había interrumpido esta costumbre desde hacia muchos años. Coaixtlahuac cayó en poder de los vencedores y su señor, Cetepatl, fué llevado cautivo á México, en cuyo lugar entró á gobernar Cuzcacuahqui, cacique de Huautla, en recompensa de su debilidad y su perfidia. Se extendieron los mexicanos también hácia la costa del Sur, invadiendo los dominios del rey de Tututepec y otras poblaciones inmediatas que pertenecen hoy al Estado de Guerrero. Sucedió esta guerra el año 1506,¹ y los prisioneros hechos en esta campaña fueron conducidos á México y sacrificados en número de mil² en la fiesta de *Tlacajipehualiztli* (que quiere decir, según Torquemada, "desuellamiento de hombres.") Cetepatl fué reservado hasta que descubrió sus cómplices y los designios de los rebeldes, pero por fin sufrió la suerte de los demás.

6.—Nahuiljochitl, principal promovedor de la guerra, había quedado vivo; el rey de Achiutla tampoco había resentido consecuencias inmediatas de la derrota; pero el mejor librado de todos había sido Cosijoesa, cuyas capitales, Zachi y Tehuantepec, habían sido respetadas y estaban intactas, aunque con temor de recibir algún daño. Así es que no tardó en estallar una segunda revolución encabezada por Sosola³ y Mitla. Moctezuma creyó deber acompañarse

¹ Brasseur. Tom. 3, l. 11, cap. 4, citando el Códice Chimalp. Hist. cronol.

² Duran, (Historia de las Indias de Nueva España, t. 1, c. 57), señala este número de víctimas mixtecas sacrificadas en la fiesta llamada "Desollamiento;" pero la campaña está descrita con poca exactitud. Parece igualmente referirse á esta guerra lo que cuenta Duran en la misma obra, c. 65. Lo que dejamos referido está tomado en su mayor parte de Torquemada y de Burgoa.

³ Torquemada dice "Zollam;" pero este pueblo no parece haber sos-

de sus aliados por la importancia de los pueblos rebelados. El ejército confederado tenía libre ya el paso de la cañada; pero Sosola era demasiado fuerte, como se había experimentado repetidas veces; determinaron, pues, los generales pasar adelante y sujetar á Mitla. Los zapotecas que poblaban este lugar eran valientes, como lo habían demostrado en Guiengola; pero se distinguían especialmente por su astucia y los golpes de ingenio con que solían salvarse en las mayores estrecheces. Así aconteció en esta vez: desampararon el pueblo y se fortificaron en un cerro que se eleva en forma de cono á poca distancia. Las murallas que levantaron entónces y el acopio de piedras permanecen aún. Los mexicanos los cercaron, y al mismo tiempo que los fatigaban con asaltos continuos, por el hambre los obligaban á rendirse. Los zapotecas, en efecto, deben haberse visto reducidos á la mayor extremidad, pues una noche desaparecieron, sin saberse cómo ni por qué camino. Los mexicanos entraron en el campo desamparado, maravillándose de que sus defensores hubieran podido salir sin ser notados, pues les constaba que el sitio era estrecho y grande su propia vigilancia. Mayor fué su admiración, cuando á poco descubrieron al enemigo ventajosamente situado en una montaña próxima. Hubieron, pues, de emprender nuevo sitio y de empezar otra vez la guerra que creían acabada. Los zapotecas se condujeron en la segunda montaña como en la primera: pelearon con brío, y cuando se vieron reducidos al extremo, desaparecieron como por encanto, dejándose ver en un tercer monte bien fortificado, que fué de nuevo sitiado por los mexicanos. Tan admirable era el ingenio de los unos en acumular obstáculos, como la perseverancia de los otros en vencerlos. Los zapotecas deben haber escapado por algún conducto subterráneo que fuera

tenido guerra alguna con los mexicanos: era pueblo muy corto y situado lejos del camino que seguían los ejércitos de Moctezuma.

útil descubrir. Vencidos en la tercera montaña, desaparecieron igualmente, pero sin que los mexicanos volviesen á tener noticia de ellos. Se volvieron, pues, éstos á su capital con bien escaso provecho de sus fatigas. Los pocos viejos ó enfermos que habian quedado en el pueblo, fueron los únicos cautivos que honraron su triunfo. Cuítlahuac dirigió esta expedición, quien ya que tan escasa gloria reportó de la campaña de Oaxaca, quiso batir de paso á Quauhquechollan, haciendo allí proezas de valor y reuniendo prisioneros que sacrificar en México.¹

7.—Este acontecimiento tuvo lugar en el año 1507. El estado en que las cosas quedaron entónces se conservó inalterable hasta la llegada de los españoles, en orden á las relaciones que ligaban á zapotecas y mixtecas con los mexicanos. Torquemada refiere² que Moctezuma, á los diez años de reinar, hizo guerra al pueblo de Tlachquiauhco, asolando al pueblo y dando muerte á su cacique Malinalli; pero este Malinalli habia sido vencido y muerto desde el segundo año del reinado de Moctezuma, como el mismo Torquemada lo dice, si no es que se trate de otro capitán del mismo nombre. Según el mismo autor, los prisioneros hechos en esta guerra subieron á más de doce mil y fueron sacrificados en la dedicación de dos edificios de los mexicanos llamados *Tlamatcinco* y *Quauhxicalli*.

También se cuenta que en el año 11.^o de su reinado, el mismo rey peleó reciamente contra el pueblo de Nopalla en que hizo ciento cuarenta prisioneros, pero perdiendo muchos de los suyos; pues solo de los capitanes de fama y de los señores notables de su ejército, le faltaron veinte. Es probable que este Nopalla haya sido un pueblo de la mix-

¹ Para esta campaña se han tenido presentes las tradiciones de Oaxaca. Torquemada y Clavijero también hablan de ella.

² Torquemada, l. 2, c. 79.

teca en cuyas inmediaciones se ven atrincheramientos formidables; pero no se tiene certeza del hecho y faltan pormenores sobre las batallas que allí se hayan librado.

Las revueltas de los mixtecas, si es exacto que habian comunicado por todas partes un peligroso contagio y que en los pueblos más distantes abiertamente hacían armas contra los reyes aztecas. Ilhuicamina habia sido sin duda un gran capitán y á sus esfuerzos se debía la preponderancia en Anáhuac de la nación mexicana; pero sus sucesores distaban mucho de haberse colocado á su altura: lo habian procurado imitar en su gloriosa carrera; pero encadenándose los acontecimientos con vária fortuna, de ningún modo podría afirmarse que habian mejorado la condición del imperio: ni la dominación azteca era firme y segura en los pueblos sujetos por la conquista, ni siquiera se habian realmente ensanchado sus límites, á pesar de las frecuentes marchas de sus ejércitos hácia Guatemala; pues en estas correrías no hacían otra cosa que abrir con las armas un camino que se cerraba inmediatamente después de que habian pasado, no reportando muchas veces de sus fatigas militares otro fruto que los prisioneros que llevaban á sacrificar á sus dioses. En tiempo del último rey Moctezuma, era tan general el odio que se les tenía y tan extendido estaba el deseo de sacudir su tiránico yugo, que apenas podían los emperadores disfrutar momentos de paz: ya tenían que reprimir una insurrección manifiesta, ya que sofocar una conjuración subterránea: en donde quiera se veían precisados á sostener numerosas guarniciones, sin embargo de las cuales las revoluciones estallaban tan pronto en un punto como en otro; ni habian acabado de vencer en Occidente cuando tenían que correr al Oriente. Se ha dicho con verdad que no fueron los españoles los que vencieron al coloso de Anáhuac, sino los pueblos tributarios que en aquellos audaces extranjeros hallaron un núcleo en que reunir su odio para tomar una terrible venganza. Fácil hubiera sido prever que

aquellos resentimientos que fermentaban aislados, si los españoles no hubiesen venido, habrían encontrado algún otro centro de unión, terminando por asolar ó siquiera por abatir á la orgullosa Tenochtitlan.

En Oaxaca segunda vez habían logrado abrir el paso hácia Guatemala; pero había sido al precio de perder el otro camino que seguían ántes por la costa del Norte. Asegura Burgoa que nunca los zapotecas los dejaron de acompañar en sus marchas, sin permitirles el más pequeño desmando; y entretanto, los activos reyes de Zachi y Tehuantepec no cesaban de promover secretamente nuevas revueltas. Cosijopii en particular cultivaba cuidadosamente la amistad de los chiapanecas, indios valientes que viniendo de Nicaragua se habían establecido en una sierra que nunca pudieron expugnar, según se dice, los mexicanos. No era ménos vivo el calor que ponía entre los mijes, indios no ménos varoniles y que habían recibido injurias repetidas de las tropas aztecas. Y tanto estos últimos como los chiapanecas deben haber estado en relaciones y alianza con los caciques de Goatzacoalcos y Tabasco, que nutrían el mismo odio en su pecho. Por el mismo rumbo y en las montañas vecinas al golfo, se extendía la nación chinanteca, inculta y ruda como era quebrado su suelo, la que si bien había pagado feudo á los mexicanos, lo había hecho de mala gana, y aun parece que lo había rehusado últimamente, no permitiendo á éstos la entrada en sus gargantas inaccesibles. Todos estos pueblos reunidos se rebelaron, procurando arrojar de la tierra los soldados aztecas, como lo consiguieron, y lo prueba el que, habiendo tenido éstos por allí el paso libre desde los tiempos de Ahuizotl, hácia la época de la llegada de Hernán Cortés, las guarniciones no franqueaban las fronteras del señor de Goatzacoalcos, ni tenían entrada en las montañas mijes ni chinantecas, como lo atestigua Bernal Díaz.¹

¹ Bernal Díaz, caps. 102 y 103.

8.—Es evidente que los mexicanos no recibieron pacíficamente semejante desaire, sino que levantando con sus aliados un fuerte cuerpo de tropas, se dirigieron á los rebeldes. Los ramales de la cordillera que atraviesa Oaxaca se abaten hácia el Norte, llegando á extinguirse en una vasta llanura que desde el pié de la sierra se dilata hasta la orilla del mar. Esta gran llanura se ve cortada por caudalosos rios cuyas márgenes antiguamente estaban muy bien pobladas. Jaltepec, habitada por mijes, se distinguía entre las demás por sus hermosos edificios que se sucedían por más de una legua y cuyos habitantes eran tantos, que las autoridades los contaban en los pelos de una gran piel, según afirma Burgoa: este era el pueblo que se había puesto á la cabeza de la insurrección. Para resistir á los mexicanos, los mijes habían acumulado por todas partes obstáculos que hiciesen imposible ó por lo ménos muy difícil la marcha de un ejército, pasando el arado por los caminos y borrando las sendas, practicando excavaciones, abriendo profundas zanjas y levantando albarradas, cerrando la entrada de sus pueblos y rodeándolas de palizada y de fuertes reparos de mampostería. Moctezuma, que dirigió personalmente esta campaña, sentó sus reales á la vista de Jaltepec; y para no proceder inconsiderablemente, determinó ante todo practicar un reconocimiento del campo contrario. Sus exploradores le dieron noticia de que los mijes estaban con poca vigilancia, y como prueba del descuido á que se abandonaban, le presentaron piedras de moler, torteras, escudillas y otras vasijas de barro tomadas del campamento enemigo, y aun algunos niños sustraídos del lado de sus madres entregadas al sueño. Tanto descuido hizo comprender al general mexicano que le sería fácil obtener la victoria. Sin perder los momentos, dividió su ejército en tres secciones; ¹ señaló á los tezcucanos y tepanecas, generales valientes y ex-

¹ Duran. Historia de las Indias de Nueva España, tom. 1, cap. 55.

pertos que los dirigiesen en el combate, y poniéndose él mismo á la cabeza de los aztecas, dió á Jaltepec tan rudo ataque, que lo rindió. La misma suerte corrieron otros pueblos. Los vencidos se refugiaron en una montaña del istmo, "Quetzaltepec," en la que se pudieron salvar.

Al hablar de los combates de que fué teatro esta montaña, Duran¹ parece dar á entender que Tototepec y Quetzaltepec eran pueblos cercanos, ligados por intereses comunes, y gobernados, si no por idénticos señores, con tal subordinación del uno al otro, que al mandato del cacique de Quetzaltepec, los dos pueblos se hubiesen levantado en armas contra los mexicanos, siendo igualmente ambos vencidos por el mismo ejército; lo que no es exacto, pues Tututepec ó Tototepec está situado en las orillas del Pacífico, cerca de lo que es hoy el Estado de Guerrero y fué habitado siempre por mixtecas, mientras Quetzaltepec, habitado por mijes, se aproxima al mar del Norte, casi en los linderos de Chiapa y de Tabasco. Quetzaltepec era un pueblo situado en una montaña inaccesible en que se ven aún restos de fortificaciones antiguas y que se levanta en el istmo en las cercanías de Jaltepec, de que acaba de tratarse. El cacique de Jaltepec estaba sujeto al de Quetzaltepec; por su mandato debe haber tomado las armas contra los mexicanos, y los mijes, vencidos en el primero de estos pueblos, deben haberse amparado en las fragosidades del segundo.

Duran dice que la causa de esta guerra fué el asesinato de cien mexicanos comisionados por Moctezuma para pedir "una arena apropiada para labrar las piedras y también el esmeril para brunillas y ponellas muy limpias y resplandecientes;" petición que no solo desechó con enojo el mije, sino que insultó á los mexicanos, diciéndoles que sin duda se le acercaban con tanto atrevimiento porque hasta entonces no habían probado en un combate su valor, pero que

¹ Duran. Historia de las Indias de Nueva España, tom. 1º, cap. 56.

tenía determinación de pelear con ellos con todo su poder; y pasando de las palabras á los hechos, les mandó matar y arrojar sus cadáveres en el río que lleva el nombre del pueblo.

Para vengar este cruel insulto, Moctezuma marchó hacia Quetzaltepec á la cabeza de cuatrocientos mil soldados. Los mijes, á las escabrosidades de la montaña habían agregado cortaduras, palizadas y trincheras que hiciesen más difícil la subida; y en torno del pueblo habían levantado cinco órdenes de murallas, de las cuales la primera tenía "tres brazos en alto y cuatro en ancho" y la última "seis brazos en alto y seis en ancho." Moctezuma quiso tomar la plaza por sorpresa; mas los quezaltepeques le demostraron con sus armas que no dormían, como los de Jaltepec, al frente de sus enemigos. Estos quisieron dar un asalto al pueblo á la luz del día; pero los mijes tenían deseo tan vivo de combatir, que saliendo de sus atrincheramientos, se adelantaron á recibir en campo abierto á los asaltantes. La lucha fué terrible: se combatió todo ese día; la sangre se derramó copiosamente, resintiendo sensibles pérdidas los dos ejércitos; mas al fin los mexicanos hubieron de retirarse, quedando por los sitiados la ventaja. Del mismo modo y con idéntico resultado se peleó el segundo día; mas apurando sus esfuerzos al tercero y sacrificando mucha gente, pudieron los mexicanos acercarse al primer atrincheramiento y aun apoderarse de él á viva fuerza. Tres días batieron sin resultado la segunda muralla; mas al fin, escalando los unos mientras otros practicaban cavas subterráneas por muchas partes, pudieron entrar en el pueblo cuyas calles y casas encontraron desiertas. Los mijes habían tenido tiempo de poner en salvo no solo á sus mujeres é hijos, sino aun sus riquezas y guerreros. Los despojos de la victoria fueron ningunos. Duran dice que en virtud de tratados y pactos de amistad y paz celebrados entre los quezaltepeques y Moctezuma, aquellos poblaron otra vez la ciudad que habían